

"La Nación", Buenos Aires, 13 marzo 1923



EL MOMENTO ACTUAL

Por MIGUEL DE UNAMUNO

13 marzo 1923

(Para LA NACION)

SALAMANCA, febrero de 1923.

Estamos asistiendo en España a las últimas escenas, acaso al desenlace—¿cuál?—del drama nacional que se intensificó en 1914, a raíz de estallar la gran guerra de las Naciones.

Desde que empezó el presente reinado de D. Alfonso XIII, que no es sino la continuación de la Regencia, la principal preocupación en la más alta esfera del poder público, en el Palacio real, era el desquite del desastre de 1898, de la pérdida de los restos del imperio ultramarino. Y a ese anhelo, que no hemos de juzgar ahora aquí, respondió el ensueño de lo que hemos llamado el Vice-Imperio Ibérico o sea España redondeada con Portugal, Gibraltar y Marruecos, incluso Tánger. Y le llamamos Vice-Imperio porque eso habría de hacerse bajo la protección de los dos Imperios germánicos, el de los Hohenzollern y el de los Habsburgo. Y aun a pesar del pacto de Cartagena en que nuestro monarca, un niño entonces, se avistó con el astuto Eduardo VII de Inglaterra.

A ese ensueño obedecieron las veleidades de conquista de Portugal, que no olvidan en la vecina República de occidente. Y a ese ensueño obedeció el que lo que según el mandato internacional había de ser protectorado sobre una zona de Marruecos se cambiara en coloniaje y se hiciera allí guerra de conquista—más bien de cruzada—con aspiración a obtener el dictado de Africano.

Estalló la guerra de las Naciones y el pueblo español dotado de conciencia política, los que más o menos obscuramente sentimos aquí la españolidad histórica, nos dividimos en dos bandos, de germanófilos y aliadófilos o mejor de germanófobos y aliadófilos, o acaso más exactamente de antigermanófilos y anti aliadófilos. Las razones de la división, muy hondas y muy arraigadas, obedecían a motivos internos y que tenían muy poco que ver, en general, con las razones por que los beligerantes luchaban. Y entre estas razones era una la del soñado Vice-Imperio. Porque se esperaba por muchos que el triunfo, ya descontado, del kaiser Guillermo II, del Lohengrin de Agadir, fuera la señal de la constitución de la gran Iberia. Y fué acaso uno de los motivos que impulsó a Portugal a entrar en la guerra, para defender su independencia del Reino de España y no de la Nación Española.

La tan cacareada neutralidad del Reino de España no fué tal neutralidad. Se les dejó operar a su sabor en nuestras costas a los submarinos alemanes y los fariseos que hoy fingen

indignarse de los tratos que los moros benlurriagueles handado a unos cuantos españoles excusaban el que los submarinos del kaiser hundieran barcos españoles dejando perecer a sus tripulantes. Estos barcos hacían su negocio, decían. ¡Como si la desatinada operación en que esos pobres españoles fueron cautivos no hubiese entrado en el negocio!

Acabó la guerra con la derrota de los Imperios centrales. Derrota en que no se creía, no se quería creer en la cumbre del poder público del Reino Español cuando estaba ya clara a los ojos de todos los que querían ver claro. Con esa derrota la empresa de colonización—no de protectorado—del norte de Marruecos, la cruzada contra el infiel marroquí, recibía un rudo golpe. Pero continuó.

Llegó el desastre de julio de 1921, el que hemos llamado la "santiagada", que no fué sino la derrota del reino, pero no de la Nación. Porque aquel loco avance del desgraciado general Fernández Silvestre se hizo por encima del Gobierno, sin asentimiento de éste, de un modo despótico y absolutista. Lo dirigió el rey mismo y no como soberano constitucional. Cosa que es hoy en España un secreto a voces. Y como no estaba, como no podía estar debidamente preparado, como no respondía a la voluntad nacional, opuesta a esa guerra de conacional, fué un tremendo desastre.

Lo que de entonces acá ha venido sucediendo no ha sido sino el querer evitar el juicio supremo, la crisis de la irresponsabilidad constitucional del monarca, y a la vez el esfuerzo de los imperialistas por restablecer un estado de cosas definitivamente perdido. Y hoy hemos llegado a la crisis suprema, a la crisis del régimen, a la última crisis del sistema monárquico de que tan agudamente discurrió aquí mismo Guillermo Ferrero, en el número del 14 de enero.

El rey, a quien yo le he oído decir que hay que exigir, sí, todas las responsabilidades y a todos, incluso a él mismo, por la Constitución irresponsable, dice esto—acaso para fingir que no las teme—pero obra y manobra subrepticamente para impedirlo. Teme que si el Tribunal Supremo de Guerra y Marina llega a condenar al general Berenguer éste ponga en claro todo lo ocurrido en esa desgraciada campaña, en esa loca empresa de desquite dinástico y acaso también de turbios negocios. Y a eso obedecen todas las sacudidas imperialistas.

Lo fué aquella intentona del coronel Millán Astray, jefe que fué de una Legión o Tercio que hizo más daño con sus "proezas" (!!!) cinema-

tográficas que otros huyendo. La intentona fracasó. Y con ella se ahogó una especie de fajismo. No prosperó el fajo español. Y ahora, con ocasión del rescate de los cautivos, llevado a cabo por un opulento naviero y minero de abolengo y de sentimientos republicanos, han vuelto los imperialistas a tocar el cuerno épico y a pedir que se arrase la tierra de los benlurriagueles. Pero el pueblo ha rechazado esas llamadas histéricas y casi epilépticas. El pueblo ha comprendido que no las dictaba el patriotismo. El pueblo sabe que no ha sido la Nación la derrotada sino que el derrotado ha sido el reino. Y por todas partes ya se habla de abdicación. Y a lo más se añade: "Bueno, ¿y qué vendrá después?"

Se comprende que los españoles que viven fuera de España, sobre todo si su ausencia es de muchos años, no puedan y hasta no quieran darse clara cuenta del estado íntimo de esta Nación, de la verdadera guerra civil que aquí se está librando; pero deben considerar que no es posible esa platónica unión que nos predicaban cuando se trata de lo más íntimo, de lo más entrañado, de lo más hondo de nuestra vida pública. Se trata de salvar la independencia patria y no de un poder extranjero sino de un poder... ¿nacional? ¡Nacional, no! De un poder extraño.

En rigor en España no ha habido soberanía nacional, excepto acaso en un breve período que fué de 1868 a 1875. Pero no se la dejó asentarse, clasificarse y consolidarse. No se dejó que España llegase a tener un Gobierno salido de un Parlamento que a su vez saliese de la voluntad popular. Y así la inmensa mayoría del pueblo ni votaba. Podrá haber habido períodos relativamente liberales, pero no democráticos. Y la realza en España nada tiene de democrática ni de popular. Porque el democratismo no se mide por exterioridades de maneras y de modales ya que la historia nos ofrece ejemplos de déspotas y de absolutistas muy atables, muy llanos en su trato, muy accesibles, pero nada demócratas.

La situación es, a esta fecha, delicadísima. Vázquez de Mella dijo hace ya tiempo que Marruecos sería la tumba de la monarquía. En 1878 decía en el Congreso el general don Manuel Salamanca que cuando un rey pierde una guerra pierde con ella su corona. Que el rey, y no España, ni su Ejército, ha perdido una guerra, por querer hacer una cruzada conquistadora de lo que no puede pasar de operación de policía, eso es indudable. ¿Qué pasará ahora? Espéremos. Y no mucho.

